



El Cotidiano

ISSN: 0186-1840

cotid@correo.azc.uam.mx

Universidad Autónoma Metropolitana

Unidad Azcapotzalco

México

Winton, Ailsa

Cuerpos disidentes en movimiento: miradas sobre movilidad transgénero desde la  
frontera sur de México

El Cotidiano, núm. 202, marzo-abril, 2017, pp. 115-126

Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Azcapotzalco  
Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=32550024011>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

# Cuerpos disidentes en movimiento: miradas sobre movilidad transgénero desde la frontera sur de México

Ailsa Winton\*

El artículo presenta una parte de los resultados de un estudio realizado en 2015 con el objetivo de comprender más sobre el desplazamiento por violencia de personas LGBT+ desde Centroamérica hacia México, un fenómeno que ha aumentado de manera agudo en los últimos años. En este contexto, y atento a las relaciones de poder más allá que siempre están implicados cuando un cuerpo se mueve, se analiza aquí la relación entre movilidad y sexualidad desde las vivencias de un grupo en particular: personas centroamericanas desplazadas hacia México por violencia y cuya expresión de género transgrede las expectativas sociales impuestas (en específico personas transgénero, transexual, travestis, *queer*).

## Introducción

“La reproducción de las normas de género en la vida ordinaria es siempre, de alguna forma, una negociación con las formas de poder que condicionan a aquellos cuyas vidas serán más agradables de vivir y a aquellos cuyas vidas lo serán menos, si no completamente insoportables” (Butler, 2009: 333).

En años recientes, se ha visto un aumento preocupante en el número de personas que provienen de los países del Triángulo Norte de Centroamérica (Honduras, El Salvador y Guatemala) y que llegan a México huyendo de diversas violencias en busca de condiciones más seguras

y dignas para restablecer sus vidas. Desde Tapachula, Chiapas —un espacio que históricamente ha sido el punto de mayor dinamismo de la frontera México-Guatemala—, se empezó a notar cambios llamativos en la dinámica migratoria asociados al desplazamiento forzado en dos aspectos en particular: por una parte, un aumento en la proporción de familias, niños y adolescentes cruzando la frontera, y por otra, una presencia notable de personas LGBT+<sup>1</sup> en estos movimientos humanos. El presente texto se basa en una pequeña parte de un estudio<sup>2</sup>

<sup>1</sup> Al utilizar “LGBT+” queremos evitar la invisibilización de personas que no se identifican con las categorías lesbiana, gay, bisexual, transgénero. Sin embargo, aunque la etiqueta LGBT es útil para introducir el tema (es entendido socialmente y reconocido políticamente), se limita su uso aquí porque no describe el grupo que se presenta en el texto.

<sup>2</sup> El estudio se realizó gracias a la colaboración entre Rosember López Samoya, director

que nació de la preocupación por la falta de información sobre la segunda dinámica emergente, y una inquietud por comprender mejor la relación entre movilidad y sexualidad<sup>3</sup>.

Ante la variedad de identidades y experiencias LGBT+, consideramos pertinente aquí acotar el análisis y

de Una Mano Amiga en la Lucha Contra el Sida, A. C., y su equipo con El Colegio de la Frontera Sur (Ecosur), en el marco del proyecto de incidencia más amplio: “Diversidad sexual, derechos sexuales y reproductivos en la Frontera Sur de México” dirigido por Una Mano Amiga en la Lucha Contra el Sida, A. C., financiado por el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para Refugiados (ACNUR). Se realizó una encuesta piloto (71 personas), entrevistas a profundidad y en serie (31 personas), junto con actividades de fotografía y video participativo, dibujo y diarios (16 personas). Cabe afirmar que el contenido del presente artículo es la responsabilidad de su autora y no refleja necesariamente la opinión de las instituciones involucradas.

<sup>3</sup> Por sexualidad entendemos tanto orientación sexual como expresión-identidad de género.

\* Departamento de Sociedad y Cultura, El Colegio de la Frontera Sur. Correo electrónico: <awinton@ecosur.mx>.

enfocarnos en un grupo específico: personas transgénero, transexuales, travestis y otros que no se identifican con las etiquetas establecidas, pero cuya expresión de género es no hegemónica. Reflexionamos sobre movilidad y sexualidad desde sus vivencias no como si fuera representativo de alguna experiencia global LGBT+, sino precisamente porque reconocemos las particularidades y distintas ramificaciones sociales de las expresiones de identidad sexual; lejos de representar o generalizar, se busca profundizar sobre relación entre movilidad y sexualidad desde vivencias específicas.

Por tratarse de un estudio exploratorio, en el presente texto nos interesa presentar sólo algunos de los aspectos que sobresalen de lo investigado hasta ahora, en cuanto a la relación movilidad-sexualidad. En el fondo, compartimos con Montegary y White (2015) la inquietud por indagar el impacto de estructuras de poder sobre vidas no sólo en formas evidentes y feroces, sino también en sus expresiones más sutiles y difíciles de articular: cómo es que las personas navegan, resisten y transforman contextos afectiva y materialmente incapacitantes. Esto se traduce en términos reales en tratar de acercarnos a la movilidad desde lo vivencial (afectivo, emocional, material), atentas siempre a las relaciones de poder más allá que siempre están implicados cuando un cuerpo se mueve.

Nos guía también el deseo de cuestionar y alterar algunos supuestos establecidos sobre la movilidad y su relación con la sexualidad. El creciente campo del estudio de sexualidad y migración (*queer*) fundamentalmente busca cuestionar la heteronormatividad de estudios de la migración, de sus significados, instituciones y prácticas, alterando así conceptos tanto de migración como de género (Luibhéid, 2004; Manalansan, 2006; Lewis y Naples, 2014; Montegary y White, 2015; Cantú, 2009; Josephson, 2015; Morales, 2013), y teorizando cómo es que sexualidades y géneros se vuelven focos para relaciones de poder desiguales que detienen y habilitan la movilidad (Jordan, 2009). En particular ha habido una explosión de interés e investigación sobre asilo *queer* (véase más adelante). Nuestra mirada es incipiente, parcial y limitada, por supuesto; muchos aspectos importantes sobre sexualidad y migración están fuera del alcance del trabajo. Se presentan simplemente algunos aspectos que nos parecen interesantes para reflexionarse y para dar otra perspectiva sobre este fenómeno cada vez más visibilizado, pero aun poco conocido.

Empezamos con una breve discusión sobre la formulación de la pregunta de investigación en un contexto de “crisis”, seguido por la presentación de datos empíricos del estudio, organizada por distintos temas interrelacionados.

## ¿Qué preguntar ante las “crisis” de movilidad?

El fenómeno por analizarse se inserta en una inherente contradicción dentro del sistema geopolítico contemporáneo y el control de la movilidad humana: la frecuente coexistencia en fronteras nacionales de una “crisis humanitaria”, cuya resolución depende del aterrizaje territorial (nacional) del marco “universal” de derechos humanos, y una percibida “crisis de seguridad”, que obedece a lógicas de seguridad nacional y la protección de la soberanía a nivel del Estado-nación. Esta paradoja de la gobernanza, ya bien documentada, no es de poca relevancia para la migración contemporánea: hace que la movilidad humana en toda su complejidad se reduzca a una dicotomía biopolítica<sup>4</sup>: cuerpos aceptables y no aceptables.

Esto nos interesa por dos razones en particular. Primero, en términos de la construcción y control del cuerpo disidente<sup>5</sup>, es lógico preguntar: ¿dónde queda el cuerpo *queer* en este juego de biopolítica? Tocaremos este punto más adelante, pero por lo pronto consta que el refugio político LGBT es una área de creciente interés tanto en la academia (Fadi, 2005; Jansen y Spijkerboer, 2013; Jordan, 2009; Shuman y Bohmer, 2014) como desde la sociedad civil (Cowen *et al.* 2011; Heartland Alliance, 2012; Miles, 2010). Segundo, es relevante para reconsiderar el punto de partida para estudiar el desplazamiento forzado. Hay valiosa investigación crítica sobre la figura política del refugiado (Lewis, 2013; Doná, 2010; Polzer y Hammond, 2008), pero tal esclarece la estructura política ante la movilidad. Aquí nos interesa en particular lo contrario: esclarecer la movilidad ante la estructura política. De esta manera, nuestro punto de partida es el cuerpo en movimiento; el cuerpo entendido no sólo en lo material, sino también como una ubicación social móvil (Gorman-Murray, 2009), el espacio de encuentro entre la identidad y la experiencia.

Además, planteamos la movilidad como algo cotidiano, constitutivo de la vida social y del espacio, y no una anomalía (Winton, 2015); el punto no es por qué la gente se mueve (si la vida se hace a través del movimiento), sino más bien lo es cómo se mueven, dónde se quedan, adónde se van,

<sup>4</sup> *Biopolítica* es un concepto desarrollado por Foucault para referirse al control político de procesos biológicos (de la población), traduciendo al poder de decidir y actuar sobre un cuerpo y las masas.

<sup>5</sup> Hablamos del cuerpo *disidente* con intencionalidad, siendo que el texto trata sobre personas cuya expresión corporal de género reta consciente y directamente el orden establecido en la sociedad.

dónde no pueden ir, dónde son detenidas<sup>6</sup>. Así, se busca entender lo que condiciona y limita la movilidad y la inmovilidad: más allá de un evento (una migración), la movilidad es inseparable de la vida con todas sus dinámicas de poder. Entonces, la pregunta no es cómo distinguir diferentes tipos de migrantes, sino cómo se mueven y dónde se paran diferentes personas ante una crisis o circunstancias dañinas, qué implica esto, cómo se controla la movilidad forzada; más específicamente, cómo se vive la movilidad desde un cuerpo disidente, ubicado social y políticamente según distintos ejes de poder y en constante negociación/choque con la heteronormatividad<sup>7</sup>. Con nuestra mirada fijada, pasamos a leer sus historias.

## Espacio, movilidad y el cuerpo disidente<sup>8</sup>

Su vida no era siempre así. “Yo me crié en una granja, un campo lindísimo. Gracias a Dios la tortilla y los frijoles nunca faltaban, y abajo pasaba un río..., al otro lado del río se le llamaba “mangual” porque habían como unos trescientos palos de mango, lindísimo”.

Cuando Samy<sup>9</sup> tenía 10 años su familia se fue del campo a vivir en la capital, San Salvador, donde vivía cómodamente: “Tenía mi cuarto de un niño que se puede decir, envidiable”, comentó Samy. Sin embargo, apenas dos años después, se encontraba en la calle, luego de confesar a su mamá que era gay: “¡Usted se va a ir de la casa, se va a ir!”, replicó su madre. A los 12 años, en la calle y con apenas una mochilita con tres mudas y un par de zapatos: “¡Lo demás no lo toque, de aquí usted no me va a sacar nada!”, agregó su mamá.

¡Dios mío! —pensé—, ¿qué hago? ¿Dónde estoy? Recordé que tenía una amiga que por cierto era prostituta. Ese día, por casualidad de la vida, me la encontré y me dice:

—¡Amor, cómo estás?

—Me acaban de echar de mi casa.

<sup>6</sup> Este enfoque se ubica en la movilidad crítica (véase Sheller, 2011; Creswell 2012; Gill et al. 2011), que se caracteriza por explorar los vertientes de la movilidad e inmovilidad con relación a estructuras de poder.

<sup>7</sup> Desde la teoría *queer* se postula que los discursos sociales privilegian ideas, prácticas e instituciones heteronormativas (Manalansan, 2006), de tal modo que la sexualidad y expresión de género se convierten en otro condicionante hegemónico de la ubicación social del cuerpo (junto con otros como la clase, la etnia, la edad, la nacionalidad, la condición física, etcétera).

<sup>8</sup> Partes del texto que aparece en esta sección vienen del reporte extenso del estudio (Winton, 2016).

<sup>9</sup> Todos los nombres son seudónimos.

—¡Vente, vieja! —me dijo, y me llevó para el burdel. Yo de 12 años, trabajando [...] Ya fue a comprarme un vestido, tacones y una peluca.

Y dije: Me voy a ver en un espejo y si me veo ridículo mejor no salgo, pero si me veo bien y me gusta, pues salgo... y me encantó [...] Con los años se acostumbra uno a eso

Vivió años difíciles entre dos ciudades, con un ritmo de vida rápida y riesgosa, con momentos de felicidad por la amistad de Lili, su mejor amiga y cómplice, pero también momentos muy duros de agresiones brutales, adicciones y pérdidas:

La primera vez que estuve parado en una esquina, a mí me salió un hombre que me iba a matar con pistola, me violó a la fuerza con la pistola en la cabeza [...] Hace poco mataron a una amiga. Le pegaron un balazo en el ojo y la tiraron, y que una rastra<sup>10</sup> le pasó encima [...] Igual me tocó ir a reconocer a otra de mis mejores amigas, que la habían matado, ya estaba el cuerpo casi en descomposición. La habían dejado en una finca, le habían cortado sus miembros, la habían sembrado en una estaca, fue horrible. En ese ambiente se encuentra mucho uno a personas que son homofóbicas.

Poco a poco se empezó a alejar de la calle: “Porque es horrible ver que varias amigas estén muertas, es feo”. Entonces, a los 17 años, empezó a trabajar en una estética de día y cada vez salía menos a trabajar de noche en la cuadra. Ya se había recuperado la relación con su familia, y con su pareja ya había empezado a hacer una vida juntos: “Logré llegar a tener un departamento, lo amueblé todo. Cuando he estado contento, es cuando he estado con las personas que más quiero, cuando estaba con mi pareja, en mi departamento”.

Sin embargo, una noche fue agredida y robada por cuatro policías mientras trabajaba:

Y el señor de la policía, el propio me decía: —¿Usted anda bolo<sup>11</sup> o qué le pasa?

Y vengo yo y me altero y lo agarro, mire le dije yo: —si usted no me toma la denuncia aquí no sabe en qué lío se va a meter—. Y llegaron, me tomaron la denuncia y fue un pleito ahí en la policía, y de ahí me voy para la fiscalía,

<sup>10</sup> Un camión de carga pesada.

<sup>11</sup> Ebrio.

en la fiscalía puse otra porque a varias compañeras han matado [...]

[Después] un amigo me dijo... porque él está oculto en la policía y me dijo:—Samy, si puedes vete, porque si no te van a matar—, por la denuncia que había puesto y yo, “Dios mío”, porque era pleno 24 [de diciembre] y yo estaba con mi familia y de repente empiezo a llorar y le digo: —Mamá, me voy a ir y yo te quiero mucho. Me despedí y el 25 me fui.

Junto a dos amigas que también estaban bajo amenaza y buscaban huir, y con el apoyo de sus familias lograron pagar un coyote para llevarlos supuestamente a Estados Unidos de América. Sin embargo, tras cruzar a la frontera con México fueron engañados y sujetos a un grave ataque: “Llegamos a Tecún Umán no sé a qué hora, pero estaba oscuro y de ahí como pudimos nosotros pedimos que nos pasaran en el río, cruzamos el río. El percance que tuvimos [...] sólo nosotros nos quedamos con eso, no nos gusta mucho tocar ese tema [...] Yo dije: —Dios mío, la vengo librando de la muerte y aquí voy a quedar.

La historia de Samy cuenta mucho sobre violencia, movilidad y disidencia sexual en la región. A primera vista, predomina el daño. El nivel de violencia en su historia y en muchas otras es alarmante, y una constante en las historias recolectadas. El sufrimiento social suele experimentarse materialmente (Miller, 2005, citado en Rodgers y O’Neill, 2012): la pobreza no se siente, pero el hambre sí. Entonces vemos cómo la heteronormatividad (violencia simbólica) se materializa en la vida de Samy: en un cuerpo desplazado, colocado directamente en situaciones de peligro, de daños físicos y psicológicos. Pero se ve claramente reflejado otras vertientes de riesgo y marginación en su historia: el vivir en un contexto de por sí con altos niveles de violencia organizada (actores violentos que son claves en los roces de la movilidad cotidiana que se explora más adelante), y la precariedad de la movilidad irregular (desventaja derivada de su ubicación de clase y de nacionalidad frente a otras), vinculando su cuerpo a la trasgresión no sólo sexual sino también como trasgresor del orden geopolítico<sup>12</sup>.

Queda claro que la cuestión de escala no es de menor importancia, y los cuerpos, como dicen Hyndman y De

<sup>12</sup> En importante indicar la importante contribución de análisis crítica de la teoría *queer* desde Latinoamérica, donde destaca la crítica a la masculinidad hegemónica desde una noción de la alteridad en la que convergen las categorías de clase, etnia, género y edad (Vega Suriaga, 2011; Cordero Velásquez, 2011).

Alwis (2004:549): “Son quizás la escala más fina del espacio político”; es decir, que en ellos se expresan y se manifiestan dinámicas de poder que van mucho más allá de sus fronteras o de su materialidad.

Los procesos de desvalorización tiene vertientes políticos importantes: como argumenta Butler (2009: 322-323): “La idea de ‘precariedad’ determina aquello que políticamente induce una condición en la que cierta parte de las poblaciones sufren de la carencia de redes de soporte social y económico, quedando marginalmente expuestas al daño, la violencia y la muerte”. El vínculo entre la performatividad (que Butler ha desarrollado para iluminar el complejo encuentro de la subjetividad y los constructos socioculturales) y lo político queda expresado en el hecho de que la precariedad se relaciona directamente a normas de género:

Pues sabemos que quienes no viven sus géneros de una manera inteligible entran en un alto riesgo de acoso y violencia. Las normas de género tienen mucho que ver con cómo y de qué manera podemos aparecer en el espacio público; cómo y de qué manera se distinguen lo público de lo privado y cómo esta distinción se instrumentaliza al servicio de las políticas sexuales; quién estará criminalizado según la apariencia pública; quién no será protegido por la ley o, de manera específica, por la policía, en la calle, o en el trabajo o en casa (Butler, 2009: 323).

Estas situaciones o espacios de peligro no preexisten: la calle, por ejemplo, no es un espacio de riesgo de por sí, más bien (como cualquier espacio) es un escenario de roce entre posiciones de sujeto marginadas o desvalorizadas y dominantes o valoradas (Tsing, 2014).

Cabe destacar también que hay mucha resistencia en estos roces, claramente ejemplificado por Samy; tantas resistencias en estas pocas líneas de toda una historia de lucha (véase más adelante sobre visibilidad). Así, pasa que en sus estrategias de sobrevivencia el manejo del espacio y de la movilidad condicionada son elementos claves: no sólo en la lucha por definir y defender su existencia social, que es forzosamente espacial (¿dónde se tolera mi presencia?, ¿cómo forjar mi lugar?, es decir, ¿cómo logro quedarme en algún lugar?), sino también en la huida ante una situación crítica (¿adónde voy?, ¿cómo me muevo?, ¿dónde me detienen?, ¿dónde me detengo?).

Si partimos de las ideas complementarias: a) del cuerpo como un espacio de encuentro y, así, el medio de conectarnos y experimentar otros espacios (Valentine, 2001),

y b) de la movilidad no como un acto excepcional sino como un proceso constitutivo de la vida social, entonces el cuerpo en movimiento cobra mucha importancia: “existimos en el cruce de las inextricables posibilidades de inmovilidad y movilidad, un espacio que establece los límites de nuestra existencia pero que también abre nuevos horizontes” (Silva, 2015: 148). El cuerpo es donde nos encontramos con el mundo, y crucialmente, donde sentimos estos múltiples encuentros. Por extensión, cuando un sujeto trata de ejercer su movilidad es cuando su cuerpo es regulado y tratado como objeto de vigilancia (Bergmann y Sager, 2008). Analizar la movilidad a la escala del cuerpo tiene la ventaja de “unir ubicación y movimiento, ya que el cuerpo es a la vez ubicado y móvil: ciertamente, una ubicación móvil” (Gorman-Murray, 2009: 445).

Entonces, el cuerpo (como cualquier espacio) es multiescalar. Su existencia va más allá de su manifestación material. No hay forma más clara de expresar estas complejas dimensiones que los escritos que Carlos<sup>13</sup> nos compartió en su diario:

Parece que sólo estoy repitiendo lo que todos mis tíos hicieron de jóvenes: salir de El Salvador huyendo no sólo de la violencia y la exclusión social sino también de lo que ellos me hacen sentir, parece como si huyera de mí mismo y que desplazara mis problemas familiares a la concepción de salvadoreña que tengo, pero la verdad es que tanto mi familia y yo hemos sido, por años, ignorados y agredidos [...] En mi caso han sido tantas cosas que he vivido en El Salvador. Mis vivencias sólo me indicaban que debía alejarme y despedirme de todo. He vivido agresiones en mi familia, he sido expuesto y expulsado de una iglesia en medio culto, fui objeto de burlas en la universidad (un docente me pidió que quitara la camisa después de un mes de haberme operado y extraído mis glándulas mamarias), he sido envenenado por un compañero de trabajo, agredido por un pandillero, agredido (en menor medida) por un soldado. Sin mencionar que los trabajos que me ofrecieron en los últimos años sólo llegaban a salario mínimo.

A continuación analizaremos algunos de los temas sobresalientes dentro de este planteamiento general.

<sup>13</sup> Carlos no se define por las categorías convencionales, se identifica con el concepto *universal* en cuanto a su identidad sexual.

## El sentir de la movilidad precaria, disidente

Aunque tratamos de evitar la generalización de las experiencias que presentamos aquí (si recordamos a Carlos, el cuerpo es una ubicación social en todos sus sentidos, no sólo la sexualidad, y ésta además tiene una infinidad de expresiones matizadas), sí nos parece importante tratar de transmitir el sentir del daño que nos fue descrito. Traer a primer plano la violencia y el daño asociado a la marginalidad y la trasgresión no es negar la multiplicidad de experiencias, y tampoco devaluar la (siempre presente) resistencia. Sin embargo, nos parece importante recalcar su centralidad en las experiencias que nos fueron compartidas, primero porque no hacerlo sería menospreciar el acto de develar, y también porque como se ha argumentado en otro momento, la marginalidad no sólo se crea de manera violenta, sino que así también se reproduce (Winton, 2015). Se revelan daños desde lo más desmedido hasta lo muy insidioso en su magnitud e impacto.

## Riesgo y daño

Visto en el contexto de otras opresiones estructurales (neoliberales, colonialistas, etc.), la opresión por sexualidad puede ser sutil, pero suele tener una manifestación particularmente visceral (recordemos de nuevo a Carlos); aunque toda opresión se traduce en un daño corporal, cuerpos que manifiestan sexualidad disidente no solamente son desvalorizados socialmente, sino que son cuerpos cargados de significado, haciendo que su dominación se vuelva sumamente significativo para quien lo ejerce, haciendo alusión a la “corpofobia”<sup>14</sup> mencionada por Vega Suriaga (2011). Pues no se trata sólo de procesos de expulsión (Sassen, 2014), sino también de regulación: “Yo cuando ya tengo el pelo largo me lo han hecho cortar dos veces. Una vez los pandilleros y otra el grupo militar, que me lo cortara, si no ellos me lo iban a cortar, entonces yo siempre me lo cortaba” (Helena, mujer *trans*<sup>15</sup> salvadoreña, 42 años)<sup>16</sup>. Y de procesos de cosificación u objetivación que hace que su violación sea aceptable: “Algunos [policías] nos levantan y todo y nos

<sup>14</sup> Refiriéndose a “la corpofobia moderno/colonial que se ceba con las poblaciones subalternizadas desde la clasificación y el miedo” (Vega Suriaga, 2011: 122).

<sup>15</sup> Se utiliza *trans* en lugar de trangénero o transexual, para respetar la forma en que ellas mismas se identifican.

<sup>16</sup> Véase también González Pérez (2003).

llevan a lugares lejos y así, y nos dicen: ‘órale, háganos sexo oral y las dejamos ir’” (Tania, travesti guatemalteca)<sup>17</sup>.

La cosificación también se deja ver de maneras más insidiosas, por ejemplo, en el trato de la arrendadora del cuarto donde se quedaban Helena y sus dos amigas en Tapachula: “Ella empieza a gritarnos desde temprano, nos dice: ‘¡Putitas, putitas levántense, que ya tengo hambre!’ ¡Ay! A mí me da una gran cólera porque no nos deja dormir ni tener privacidad: ‘Levántense, vengan a asear aquí, vengan a trapear, vengan a lavar’, ¡ay!”.

La marginación espacial del cuerpo trasgresor suele ubicarlo en situaciones de alto riesgo. En especial, resalta el estar orillada a ejercer el trabajo sexual para sobrevivir, como recalcó Daniela, una chica *trans* hondureña: “En Honduras, no existe un trabajo digno para los gays, ni, o sea, para los *trans* mucho peor, hasta una sala de belleza donde está una *trans* la miran mal. No es como que tan siquiera acá [en México] la *trans* es estilista o modista o puta. Allá no, allá es puta por puta”. Daniela era trabajadora sexual en Honduras, escogida para ser intermediaria entre las chicas que trabajan la cuadra y la pandilla que controlaba la zona. Esa etapa sumamente compleja y violenta culminó en una riesgosa fuga a Guatemala bajo amenaza de muerte, donde finalmente fue encontrada por los mismos pandilleros que la habían perseguido, y de donde huyó de nuevo, ahora hacia México:

Mi único [plan era llegar a] Estados Unidos, agarrar un autobús en Tapachula y supuestamente para el Distrito [Federal], y Migración<sup>18</sup> me agarró en Pijijapan<sup>19</sup>. Comienzan mis otros abusos: Migración viene y no me trata como *trans*, sino que me trata como hombre, me mete con los hombres ahí en la jaula de migración. Me violan dos tipos adentro... y yo gritaba y lloraba, y gritaba y pedía auxilio y Migración no hacía nada.

Después me trasladan para [la estación migratoria] Tapachula, y hacen la misma babosada: “Qué no, que vos sos hombre, ¿no mirás cómo te llamás?” Y me pasan otra vez con los hombres. Y empiezo otra vez a llorar y a gritar y a llorar y a gritar y me escuchó una licenciada de ahí de Migración. Y ella decide pasarme para sector de familia, pues ahí en sector de familia estuvo todo excelente, todo

bien, me trataron excelente y ya no me trataban como hombre y, y ya empezó todo bien. Ahí ya pedí Comar<sup>20</sup>.

Daniela fue reconocida como refugiada en México, pero aunque tiene estancia legal en el país y a pesar de un impresionante esfuerzo para salir de ello, aún no ha podido abandonar el trabajo sexual. Es más, fueron varios casos de mujeres *trans* que antes de llegar a México habían logrado dejar el trabajo sexual, en gran parte gracias a emergentes programas de apoyo desde un movimiento *trans* cada vez más fuerte (véase abajo sobre visibilidad), pero que al huir a México lo tuvieron que retomar para poder sobrevivir. Irónicamente, muchas veces la necesidad de retomar el trabajo sexual en México nació de la inmovilidad forzada que impone el sistema de refugio y la precariedad económica asociada<sup>21</sup>.

Hay un creciente e interesante cuerpo de investigación crítica sobre sexualidad y asilo<sup>22</sup> que enfatiza las violencias del sistema político en relación con cómo el sistema de asilo regula la expresión de la identidad sexual, reinscribe la heterosexualidad a través de la hipervisibilidad/ invisibilidad de distintas identidades y experiencias (Lewis y Naples, 2014; Josephson, 2015; Palmer y Hammond, 2008; Shuman y Bohmer, 2014; Stonewall, 2010), y cómo las condiciones de vida de solicitantes *queer* y *trans* hacen que quienes están bajo la protección del aparato de derechos humanos son privados de sus derechos (Shakhsari, 2014). Todas estas violencias fueron evidenciadas en otro estudio (Winton, 2016), pero conforme a nuestro interés aquí nos enfocamos en otro aspecto vinculado a la relación sexualidad-asilo: los daños producidos por la propia huida, tan clara y violentamente experimentados por Daniela y Samy. Las huidas precarias (por falta de recursos, y por estar fuera de lugar) son por definición violentas, ya que conllevan daño, y el daño al cuerpo puede llegar a ser sumamente grave, como veremos a continuación.

Hay espacios en los cuales la experiencia de nuestra ubicación social se agudiza, quizás el más emblemático son las fronteras nacionales que hacen visible muchas de las

<sup>20</sup> Comisión Mexicana de Ayuda para Refugiados, encargada de recibir solicitudes de la condición de refugiado en México.

<sup>21</sup> En lo que se procesa la solicitud de la condición de refugiado durante tres meses, no se les permite a las y los solicitantes moverse de la localidad (sólo con aval se puede trasladar un caso a otra ciudad).

<sup>22</sup> Véase también número especial de la revista *Migraciones Forzadas* (2013) sobre orientación sexual e identidad de género y la protección de los migrantes forzados.

<sup>17</sup> Véase también Hernández-Rosete Martínez (2008).

<sup>18</sup> Instituto Nacional de Migración.

<sup>19</sup> Municipio ubicado sobre la costa de Chiapas, aproximadamente 180 km de la frontera con Guatemala.

contradicciones de la movilidad: las movi­lidades pueden ser actos de libertad, transgresión ante poderes estatales (u otros) que buscan limitar y ordenar el movimiento en el espacio (Campos Delgado y Odgers Ortiz, 2012), o relacionarse no a la libertad sino a la sobrevivencia, para personas que quizás preferirían estar sedentarias (Gill et al., 2011); o bien, las dos cosas. Como sea el caso, es precisamente el hecho de que las fronteras provocan movilidad (las fronteras están hechas para cruzarse) lo que las convierte en sitios de control por excelencia, produciendo tanto el pase como la clandestinidad, detención y repulsión (Winton, 2015).

En el caso del cruce a Ciudad Hidalgo, México, desde Tecún Umán, Guatemala –históricamente de los cruces más dinámicas en esta frontera– para quienes llegan huyendo, sin el lujo de poder planear detenidamente, y sin las credenciales para pasar de manera “regular”, cruzar la frontera representa una aguda y violenta vulneración de su seguridad. Además de muchas estafas y extorsiones (“te tienen bien manipulado, como teníamos mucho miedo”), la incidencia de robos y de ataques físicos (frecuentemente sexuales) fue alta. Aunque la movilidad suele ser un recurso vital para la supervivencia, también implica exponerse en nuevos espacios desconocidos, desde una nueva posición muchas veces más vulnerable (un cuerpo fuera de lugar y expuesto a riesgo por una severa falta de recursos políticos y sociales de protección).

De los casos más graves fue el caso de Katya y Nayeli, dos mujeres *trans* salvadoreñas que tuvieron que huir por amenazas a raíz de la extorsión de su negocio, un salón de belleza, de parte de la pandilla: “A raíz de esto [la extorsión] salimos, porque al principio podíamos dar unas cuotas bajas, pero ya después querían 400 dólares cada 15 días, entonces no podemos: tenemos nuestros gastos, nuestras familias, o sea, fue imposible, porque antes dábamos 200 dólares, 250, pero la verdad es un gran impuesto, y 800 dólares, ni para nosotros queda esto”.

Muchas veces, al no cumplir con el pago, el tiempo que se tiene para huir es muy reducido; a veces se da un lapso de tan sólo 24 horas para pagar, entonces la necesidad de huir suele ser urgente. Katya y Nayeli tomaron la decisión de salir para México, retomamos su historia en el cruce a Ciudad Hidalgo.

### *Testimonios de Katya y Nayeli*

[Katya:] A lo mejor quizás llamamos mucho la atención el día que veníamos, pues nosotras no sabíamos... porque después de que nos cruzaron el río, hay unas gradas, me

recuerdo bien bien: había una tienda enfrente, y ahí de ese lado también hay muchachos con bicicleta, y como nos acosaron mucho, toda la gente se fijó mucho... ¿qué traían? No sé, pero más adelante estaba un taxista, que nos vio y vio que nos traía el gran escándalo, y ¿para dónde vamos? O sea, en ningún momento nos desconfiamos de él, ¿verdad? No desconfiamos, no le preguntamos cuánto nos iba a cobrar, solamente nos subimos al taxi... “súbanse, les voy a llevar”, dijo. [...] “Entonces, pues nos subimos al taxi y estando arriba del taxi, era un señor como de 35, 40 años... no daba desconfianza... no daba desconfianza y preguntó para dónde íbamos y dije que nosotros queríamos llegar a un hotel, que si conocía un buen hotel, pero no muy caro, porque nosotras traíamos dinero pero nuestra intención –¡qué ignorancia!– era llegar a Estados Unidos... el motivo de que nosotras dijimos [esto] era que no queremos gastar mucho dinero. Él nos dijo “¡ah! tengo un amigo, que trabaja en Estados Unidos desde hace mucho tiempo, si quieres por qué no vamos y hablamos” [...] Nosotras, no desconfiamos en ningún momento de él... y pues le dijimos que queríamos hablar con él.

”Manejó un buen rato, quizás unos 30, 35 minutos. Primero tomó uno de las carreteras, ahí nos recordamos bien cabal, luego se metió por una calle, giraba por un lado, giraba para otro lado, pero nosotros no íbamos incómodas. Final, que llegamos a una casa, una casa normal, y nos dice “espérense, voy a ver si está”, y se metió adentro, y nosotras nos quedamos en el taxi, y ya al ratito vamos viendo de que están tres muchachos, nosotras ahí ya nos pusimos nerviosas, hasta por un momento tuvimos ganas de salir corriendo, pero ya era tarde... y uno de ellos sólo se levantó la camisa así para que viéramos que tenía una pistola, sólo la levantó. Ah no, yo ya con esto me quedé intimidada ya... Sentí algo feo en mí... me quedé sin aliento, y ay, fue algo tan horrible.

”En este momento nos dijeron que nos metiéramos a la casa, nomás nos metieron, nos empujaron, nos apuntó con el arma, nos quitaron todo, la cartera, una libreta con números de teléfono... Traía maquillaje, teléfono celular... traíamos una muda nada más de ropa, nos quitaron todo, y el taxista solamente les dijo de que nosotras traíamos dinero... Y se desapareció [...]

”Nos revisaron a lo último, nos desnudaron... nosotras estábamos en *shock*, lloramos... ¡ay!, fue algo tan... es bien feo, porque siempre que lo recuerdo, siento como estoy en el mismo lugar, y es algo tan traumante [...] Nos quitaron todo lo que traíamos, nos metieron a un cuarto, nos tiraron la ropa... Perdimos todo.



[Nayeli:] No nos dieron de comer, nos trataron de “pinches jotos”, y que “pinches mampos”, hasta ahora sabemos qué es *mampo*, que estábamos infectadas de VIH, que... que éramos unas personas inservibles [...] y me sacaron a mí, yo no vi ni quien la abusó... sólo ella sabe qué es lo que pasó adentro de ese cuarto, y...

[Katya:] Cuando él... Ese día, a nosotras nos dijeron que si queríamos ir, teníamos que primero trabajar... lo que a nosotras nos dieron a entender es que es iban a estar pasando hombres, cobrando a los hombres para que estuvieran abusando de nosotras, porque eso fue lo que me dijeron, cosa que nosotras negamos rotundamente [...] Entró y me dijo que me desnudara, me comenzó a golpear, me empezó a forzar porque en realidad [yo] no me quería dejar, me agarró del cabello y me dio una mordida grandísima atrás en la espalda [...] Andaba hasta con las uñas largas porque... me metía la mano, me dejó lastimada... me logró penetrar, luego me tiró a la cama y abusó de mí... y lo peor es no saber qué tenía, pues, ¿no? No tenía protección... Yo, yo no creía lo que estaba pasando... no creía lo que estaba pasando ahí. Más tarde, cuando se había ido, yo me quedé llorando, pensaba que a ella le habían sacado y le habían matado.

[Nayeli:] Me buscaron [...] y... y... yo no me quise dejar, igual... el hombre estaba armado, y yo sabía que yo iba a perder. De dos cosas escogía yo: morirme o dejarme, y yo me tuve que dejar... Y me quité mi ropa.

[Katya:] Pasaron dos días. Pedíamos comida, algo de comer, solamente nos daban agua, o tomamos agua de un lavamanos sucio, dos días que no comimos nada [...] Era una casa, el cuarto no tenía ventanas donde estuvimos, sólo tenía una cama, la cama sucia, con un calor horrible...

”Ese día, desde temprano escuchamos un gran ruido, gritos, se notaba que estaban ebrios, se carcajaban, tenía música... y ya era madrugada. Ya no se escuchaba mucho ruido... sólo se escuchaba que alguien andaba caminando, sentimos cómo la... ella me daba consuelo y yo le daba consuelo a ella, y pensábamos lo peor [...] pero a la misma vez, yo le daba ánimo, ella me daba ánimo a mí. Entonces empezamos a ver, a sacar la cabeza a ver dónde estaban dormidos. Entonces, o nos matan, o nos vamos. Entonces salimos, con miedo a todo, de que se bajaran, de que nos siguieran, que nos dispararan... pero nada. Salimos de ahí, salimos asquerosas, y con nada más, con nada... Pero logramos salir, logramos salir. Cuando nosotras salimos entramos en *shock*, y empezamos a correr, a correr a correr, a correr.

”A lo mejor eran las tres de la madrugada, cuatro de la madrugada. Corrimos, no nos detuvimos hasta que el cuer-

po dijo “ya no”. Andábamos mal, sucias con la ropa horrible. Y encontramos a una señora le dijimos: “¿Dónde estamos?, ¿cómo se llama aquí? [Contestó:] “Aquí se llama Ciudad Hidalgo”. Entonces seguimos caminando, les decíamos a la gente que queríamos ir a la policía, nos dijeron “váyanse para Migración”, pero ¡no queríamos a migración! ¡Queríamos denunciar! ¡Que los arrastraran, que nos devolviera nuestro dinero, y que fueran presos! Porque lo que nos hicieron fue algo inhumano, un crimen, un delito. Entonces nadie nos daba... nos miraban cómo andábamos.

”Comenzamos a caminar en una carretera grande [...] había puentes arriba, pasamos otros puentes, seguimos caminando... Hasta que una señora y su hija nos preguntó que a dónde íbamos, y nosotras dijimos que queramos ir para la policía, entonces ella nos dice: “Yo vivo cerca de Tapachula”, nos dijo, pero cerca de la ciudad, pues. Nos dejó cerca del centro de Tapachula. Seguimos preguntando, andábamos con los pies hinchados, deshidratados, y no habíamos comido nada en tres días, nada. Y total, llegamos ahí al centro...

[Nayeli:] Cuando llegamos al parque caminamos, y caminamos todo ese día, y ya era de noche otra vez... ¡ya era de noche otra vez! Llegamos a la fiscalía del inmigrante<sup>23</sup>. En la entrada estaban unos policías, cuando nos vieron llorando, los tres se pusieron a reír...

[Katya:] Ponían muchas trabas. Que vaya, teniendo la declaración, como a la una de la mañana, la mujer que era la encargada de dar los colchones, para dormir. Ese día a nosotras nos dejan dormir en una silla [...] y en el suelo, afuera de la Fiscalía, nadie nos dio. Llega un muchacho a decirnos qué pasaba, nos dice: “¿Pero por qué duermen en el piso si hay colchonetas? Tenemos un semialbergue atrás” y señala a ella. Y pues nosotras no estábamos en condiciones para seguir peleando, estábamos en el fondo quizás felices porque estábamos en un lugar seguro ya

”Entonces es algo... que ahora que ya estamos tratando de salir adelante, hablamos y ¡qué mala onda! Qué mala onda porque al siguiente día llegó una mujer, dijo ser guatemalteca, mandaron a llamar al cónsul rápido, entonces resulta que no era guatemalteca, era mexicana, había mentido. Y para nosotras nunca llegó el cónsul, y ¿por qué tanta discriminación hacia nosotras? Sabiendo lo que habíamos vivido, del trauma, y solamente este fiscal que nos recibió se portó con nosotras súper bien [...] ¡Ay! Ganas de meterles presos a ellos por no hacer bien su trabajo, y estarnos acosando más, pues...

<sup>23</sup> Fiscalía Especializada en Delitos Cometidos en Contra de Inmigrantes.

"A mí me ha llevado mucho porque yo no podía dormir. De noche oímos ruidos y vemos sombras por debajo de la puerta y "¡ahí vienen!", y... la desesperación que nos van a venir a buscar, que nos van a encontrar, y el corazón late más fuerte y desconfías de todos. Nosotras salimos de ahí y a todos los hombres les vemos la misma cara, todos hablan igual aquí, que "pinche" –¡cómo dicen esta palabra acá!–, que "pinche joto", "pinche mampo", sólo escuchamos "pinche" aquí. Y así fue como llegamos hasta aquí [...] Fue un episodio tan terrible que tuvimos, no me imaginé jamás salir de mi país a vivir esto, es tan horrible.

La dolorosa historia de sobrevivencia aquí compartida claramente no fue un hecho aislado y, aunque estremecedor, no es una aberración en el sentido de ser algo fuera del orden de las cosas: al contrario, lo narrado es una manifestación de lo más extremo de los procesos aquí bosquejados, de la inmensa desvalorización política y social de estas personas, a través de la expresión más brutal de violencias en estas dos vidas, y a la vez, de las violencias a manos de las autoridades y otros grupos de la sociedad que sirven para remarcar la otredad. La huida definitivamente puede ser más traumática que lo que la provocó (Doná, 2010).

Las historias recolectadas dejan muy claro que procesos de desplazamiento por violencia no siguen una clara línea peligro-seguridad (y, por ende, no se encajan en los requerimientos del sistema de asilo), como observa Doná (2010), en el caso de personas refugiadas: la violencia que impulsa la huida no es necesariamente traumática, y las crisis y eventos traumáticos también ocurren en el presente, mucho después de su huida, cuando las condiciones mismas de la huida, el asentamiento y reasentamiento son amenazantes, excluyentes u hostiles. Como dijo Yazmin sobre sus expectativas al futuro: "¿Qué esperamos? Pues esperamos sufrir distinto a lo que sufrimos acá [en México]"

## **Imaginarios y emociones**

Debatir sobre la relación entre libertad y movilidad, cuestión ampliamente criticada (Gill *et al.*, 2011), adquiere un significado aun mayor cuando se trata de cuestionar el modelo dominante, etnocentrista que ve la migración *queer* como un movimiento de la represión hacia la liberación, ya que se trata más bien de desigualdades y oportunidades reestructuradas a través de la migración (Manalansan, 2006). En las historias de desplazamiento que nos fueron contadas se aprecia mucho dinamismo en los imaginarios, en las motivaciones más allá de la necesidad inmediata de moverse (García y Oñate, 2008). Aquí la pregunta guía: ya que me fui, ¿dónde me puedo quedar?

Ya que la sexualidad es sólo un aspecto de la ubicación social de una persona, entonces es importante no olvidar

que sus experiencias en varios aspectos son semejantes a otros grupos marginados, cuya movilidad también es precaria, cuyos cuerpos también son desvalorados. La movilidad forzada y precaria suele involucrar varias paradas (forzosas o no condicionadas). Estas paradas, aunque en parte (o al principio) pueden representar un descanso, son marcadas por la frustración y desesperación:

Es como un ratón en una trampa y no le halla salida eso de estar aquí, porque no hay una salida. Escarbas por un lado y no hallas, y ves una luz y ¡no!, se viene derrumbado. Caen piedras y hay que escarbar otra vez hasta que hallas la salida. Y es difícil cuando hay de por medio sentimientos encontrados: alegrías, tristezas, qué dejaste a tu familia, que no hay nada como seguir. Pues es difícil (Natalie, chica *trans* de 24 años, salvadoreña, en Tapachula, México).

Para cualquier persona, estar atrapada en la espera, en un limbo de incertidumbre enfrentando múltiples barreras para siquiera sobrevivir puede tener fuertes impactos emocionales. Además, vuelve a recalcarse el impacto de la inmovilidad sobre estrategias de vida, como cuenta Samy de su tiempo en Tapachula: "Nos sacaron del albergue, después no quedaba más que andar molestando gente, andar molestando gente, bueno fue algo horrible y frustrante a la vez, que yo siento que cualquier persona se puede volver loca".

La frustración de la espera no sólo se experimenta como un insulto a la dignidad, y la preocupación por cubrir las necesidades básicas personales, sino a veces también por sentir culpabilidad por no estar cumpliendo con responsabilidades afectivas, familiares, como dijo Helena: "[Quiero] un buen trabajo para poder ayudarle a mi familia en El Salvador, que los dejé a mis padres allá solitos, abandonados". Aunque relaciones familiares –como ya vimos– suelen ser complicadas, por supuesto que esto de ninguna manera significa que son ausentes. Al contrario, las historias demuestran lo significativo que suelen ser los lazos familiares, fuente de emociones encontradas: apoyo, tristeza, anhelo, culpa, esperanza.

La experiencia de desplazarse y ser desplazada es cambiante. Las paradas involucran un complejo ensamblaje de actores, recursos, prácticas, limitaciones, exclusiones y emociones que a su vez dan forma a la seguridad física y ontológica de la persona móvil (retomamos la noción del roce). Cualquier viaje, huida o parada se experimenta a través de los sentidos y de las emociones. Los siguientes fragmentos de la historia de Eli, una chica *trans* salvadoreña de 23 años que ha compartido sus experiencias a lo largo de su viaje desde que nos conocimos en Tapachula en agosto de 2015, hasta su experiencia en Estados Unidos como solicitante de refugio, ponen en primer plano algunas de las muchas experiencias emocionales cambiantes que pueden

derivarse del deseo y hecho de moverse a través del espacio, cruzando distintas fronteras y barreras, viajando en la mente y desplazándose con el cuerpo. Primero, describió el sentir de su salida de El Salvador:

[Mi tío] me sacó de la casa e igual yo en una bolsa eché la ropa mojada toda revuelta, mis pocas cosas y me salí de la casa. De ahí me fui para con mi abuela, desde entonces estuve con mi abuela y ya. No ha sido tan bonito pero, igual, allá vamos [...] Sí, es duro pero igual, esas son las cosas que a uno le hacen fuerte. Y por eso yo, ¡ay no!, yo ya quiero llegar allá [Estados Unidos] y luchar para no depender de nadie...

Y cuando sales de la frontera a uno le da nostalgia y todo, pero ve a la familia y todo y uno lo va dejando, uno dice: “bueno, si voy a salir de mi país, ¿por qué me voy a quedar en un país [México]?” Porque no es fácil, yo les cuento aquí, no es fácil. Sólo el adaptarse a un país no es fácil, no. Entonces igual a mi abuela, ¡ay, mi abuela es la que más falta me hace! [...] Voy a luchar a ver hasta dónde puedo y sacar adelante a mi familia. O es todo por el todo, sí, para lograr sacar a la familia de ahí. Porque a mí me encantaría que mi familia se fuera del país (Tapachula, México, agosto de 2015).

Luego, a un mes de su llegada a Tapachula, relató:

Hay cambio, y no solamente físico, sino psicológico también. ¡Me siento feliz! No pensé que se sintiera eso, y es un sueño que yo siempre he tenido y que le digo a Nelson: “Ahora que estoy aquí [en México] me siento feliz por lo que soy, me siento orgulloso y con más motivación de ser *trans*” [...] Nunca pensé lograrlo, pensé que iba a tener una vida frustrada, una vida opaca, terminar yo solo. Ahora sé que no, ¡voy a llenarme de felicidad!

Va a ser mejor. Será una vida diferente [...] Totalmente diferente, y yo sé que llegando allá [Estados Unidos] va a hacer olvidarme de esta persona y qué soy yo, mi pasado, y a empezar a ser otra persona. Y que todos, todos los que un día me hicieron algo, que me vean, y que me vean diferente. Que me vean, que me vean superado y a la buena, y que tal vez no digan: “Lo detesto por lo que ha logrado”, tal vez no; pero que digan: “Uy, lo logró... después de tanta cosa lo logró”. Eso y que por mis propios medios (Tapachula, México, septiembre de 2015).

Fue hasta que salió de detención en San Diego que pudo narrar sus experiencias, empezando con la violenta salida misma: “A mí me soltaron el día 8 en la noche y como iba esposada de pies y manos me caí del carro de migración [...] Pues caí de frente, sí me golpeé y me quedé ahí, y la oficial sólo me miró y habló en inglés. Le quedé viendo y ella ni corrió a levantarme [...] En este momento me sentí nada,

nadie, el ser más pequeño del mundo, humillada y avergonzada (San Diego, Estados Unidos, noviembre de 2015).

Las experiencias emocionales son reflejo de las configuraciones del ser móvil (pasado, presente y futuro); a su vez, los roces de la movilidad son constelaciones que van cambiando el espacio a lo largo del tiempo: cambian los actores, cambia lo que el cuerpo representa, expresa y siente, cambia la configuración tanto de sistemas de opresión (sociopolítica) como de oportunidades. Va cambiando la percepción que uno tiene de su lugar en el mundo, de cómo se siente estar parada donde esté.

## Visibilidad e invisibilidad: imposiciones y apropiaciones de la identidad visible

Para terminar, hacemos explícito un elemento que ha estado implícito a lo largo de la discusión: la visibilidad. El relato de Paty Hernández, una activista *trans* salvadoreña ahora residente en Estados Unidos, esclarece la centralidad de la visibilidad e invisibilidad en las experiencias vividas a través de un cuerpo disidente, trasgresor: la curiosa situación de cuerpos trasgresores que son simultáneamente hipervisibilizados (señalados, estigmatizados, objetificados, atacados), e invisibilizados (expulsados, orillados, ocultos). A su vez, la lucha política bien podría entenderse como la lucha de negociar estos dos extremos para visibilizarse (ya no hiper- o in-), un proyecto bastante riesgoso como el testimonio afirma:

### Testimonio de Paty Hernández

[Paty:] En el tiempo de la guerra [en El Salvador] también sufríamos mucho por los soldados, por las guardias, por las fuerzas del Estado... historias largas, pero que no fueron documentadas, y que también emigró gente. [La fundadora de una asociación LGBTI en Estados Unidos] se huyó por esta situación por ahí por el año 1986, 1987. O sea, la comunidad *trans* por años ha tenido... era difícil ser transgénero, por la intolerancia. De hecho, era tan difícil que hallaba la muerte social, porque usted no veía transgéneros en la calle. Yo era la única transgénero de mi colonia [en San Salvador], pero había una señora mayor que la mataron a puñaladas en su casa, cuando yo tenía como siete años. Donde sí es que se veía transgénero en los parques en las noches, en los lugares de prostitución, ahí es donde se veían; éramos como murciélagos o vampiras.

“Los soldados, en el 91, capturaron a un montón de gente, un asesinato múltiple que hicieron en 1984, que se llevaron a 11 *trans* y las desaparecieron, famoso este caso. Hay un montón de situaciones que es este tiempo no eran tan visibles pero ahora sí, por los derechos humanos y los acuerdos de paz... Las *trans* se identifican por las redes sociales [...]

"[El] sida fue un tema que hizo que LGBTI, en especial travestis, que es como nos conocíamos en ese tiempo, los travestis y los hombres gay nos reunimos. Yo soy fundadora del movimiento. Y resulta que así es como empezó, reuniones sobre VIH, grupos de apoyo [...] Cada persona tiene una historia diferente, pero todo coincide en la falta de oportunidades; o sea, todos –los hombres gay, las mujeres lesbianas, las mujeres trans, los hombres trans–, no existen en mi país [...]

"Vinimos en 2003 a demandar por la impunidad que existe porque [...] es que en el país el tema es la inseguridad, la nacional, hay un tema generalizado de violencia, pero [...] denuncia y en vez de ser beneficiados por esta denuncia, somos víctimas, hay una corrupción, las policías les avisan a las pandillas que ya pusimos la denuncia, los pandilleros matan a la gente [...] han matado allá [El Salvador], hasta la fecha, a 27 mujeres trans y como a seis hombres gay, en el año. Entonces, la gente viene para acá [Estados Unidos]. Acá en los últimos cuatro años han matado a 14 personas transgénero [...] Llevo más de 20 años de estar luchando por mi comunidad, y ahora resulta que yo me vine huyendo de... harta, con miedo vine [...]

"Aquí han venido, desde que yo llegué [hace un año], 23 personas, sólo a Washington. Y de ahí a Los Ángeles han llegado otras. A Houston han llegado otras. A Kansas y Georgia, otras. Es una migración forzada, y la gente no migra sino que escapa. Es increíble que la Paty, cuando yo venía: ¡la Paty!, ¡la líder!, ¡la que viajaba, la que salía en la televisión, la que ayudaba a la gente! Salió de la noche a la mañana. Porque si yo me hubiera quedado, me hubieran matado [...] nos mataron a una famosa activista el año pasado [...] Este año, en mayo, mataron a una activista de una de las organizaciones que vinimos a denunciar al Estado. Por eso no regreso [...]

"Yo les digo a todas mis amigas, les digo: "¡vengan! vamos a hacer aquí lo que no pudimos hacer allá: estudiar, trabajar, dejar de hacer el sexo para trabajar, para comer". Yo no vine a perder el tiempo, aquí venimos a dos cosas: triunfar y triunfar [...] Lo que allá era nuestra honra, nuestra identidad o nuestra orientación, aquí es nuestra salvación. Allá nos daba vergüenza decirlo, aquí es un orgullo.

"Aquí no es el paraíso, esto es mentira, aquí hay discriminación en el trabajo [...] aquí ha habido muchas denuncias, aquí sí [hay] muchas trans trabajando en trabajos que nadie quiere, en restaurantes, en McDonald's, en limpieza, así es, las trans trabajando. Y pues la gente sorprendida un poco; pero, o sea, saben que hay leyes, entonces el sistema cuida, aunque siempre haya gente radical en contra de la comunidad [...]

"Tienen que garantizarme a mí que si yo regreso a mi país, que no me van a volver a quemar mi casa, y que no me van a volver a poner una pistola en la frente, que yo voy a tener un retiro digno, como persona ciudadana [...] Ni en la guerra pasó lo que ahora está pasando allá.

## Reflexiones finales

Como bien nos recuerdan Polzer y Hammond (2008) al direccionar nuestra mirada, también apartamos la vista: toda perspectiva es parcial y, por ende, cuando vemos, describimos, y categorizamos la realidad social, también invisibilizamos a personas y procesos. Los procesos analizados aquí tratan literalmente de vida y muerte, pero también de mucho más. Durante la elaboración de este texto, al seleccionar los fragmentos de relatos de vida aquí presentados, muchas preguntas daban vueltas en mi mente: ¿qué parte de la historia sería la más fiel a su sentir? ¿Qué implica la selección (y omisión) de historias, de versiones? ¿Qué dicen las historias que quizás no se ha contado (no se ha visibilizado)? ¿Cómo podemos visibilizar aquí algo que antes era invisibilizado? ¿Cómo evitar invisibilizar algo importante en el proceso?

Estas preguntas motivaron –aunque suene poco conveniente– que quitara la mirada del problema que nos preocupó en primer lugar (movilidad forzada y discriminación por sexualidad), precisamente para poder visibilizar algo más; es decir, no enfocarnos en, por ejemplo, fronteras (aunque por supuesto que éstas figuran en viajes), ni en políticas (aunque tales sean un influencia tan fuerte en la movilidad humana), ni en el Estado-nación (aunque éste sea inseparable del cuerpo que se ubica en su territorio), ni en la construcción de la identidad de género o la sexualidad (aunque sean inseparables del cuerpo móvil). La presente discusión ha sido un intento a mandar a segundo plano estos componentes para que en este caso predomine otra cosa: centrar la mirada en la experiencia de la movilidad y la sexualidad. La injusticia y la violencia importan porque se traducen en daños (reales, sentidos, temidos, vividos, resistidos), de esta manera se ha tratado de demostrar cómo la injusticia y la violencia se viven, y cómo, a su vez, están íntimamente e intrínsecamente vinculadas a la movilidad.

## Referencias

- Bergmann, S. y Sager, T. (2008). "Introduction: in between Standstill and Hypermobility-Introductory Remarks to a Broader Discourse". En Bergmann, S. y Sager, T. (eds.), *The Ethics of Mobilities: Rethinking Place, Exclusion, Freedom and Environment* (1-12). Ashgate: Aldershot.
- Butler, J. (2009). "Performatividad, precariedad y políticas sexuales", *AIBR. Antropología Iberoamericana*, 4 (3): 321-336.
- Campos Delgado, A. E. y Odgers Ortiz, O. (2012). "Crossing the Border: Mobility as a Resource in the Tijuana/San Diego and Tecún Umán/Tapachula Regions", *Estudios Fronterizos*, 13 (26): 9-32.
- Cantú, L. (2009). *The Sexuality of Migration: Border Crossings and Mexican Immigrant Men*. Nueva York: New York University Press.

- Cordero Velásquez, T. (2011). "Comentarios desde el sur", *Íconos. Revista de Ciencias Sociales*, 40: 129-135
- Cowen, T., Stella, F., Magahy, K., Strauss, K. y Morton, J. (2011). *Sanctuary, Safety and Solidarity: Lesbian, Gay, Bisexual, Transgender Asylum Seekers and Refugees in Scotland*. Equality Network/BEMIS/GRAMNet. Recuperado de <[http://www.gla.ac.uk/media/media\\_195792\\_en.pdf](http://www.gla.ac.uk/media/media_195792_en.pdf)>.
- Cresswell, T. (2012). "Mobilities II: Still", *Progress in Human Geography*, 36: 645-653.
- Doná, G. (2010). "Rethinking Well-Being: From Contexts to Processes", *International Journal of Migration, Health and Social Care*, 6 (2): 3-14.
- Fadi, H. (2005). "Punishing Masculinity in Gay Asylum Claims", *The Yale Law Journal*, 114(4): 913-920.
- García, A. y Oñate, S. (2008). "Transexuales ecuatorianas: el viaje y el cuerpo". En Herrera, G. y Ramírez, J. (eds.), *América Latina migrante: estado, familias, identidades* (343-360). Quito: Flacso/Ministerio de Cultura del Ecuador.
- Gill, N. Caletrió, J. y Mason, V. (2011). "Introduction: Mobilities and Forced Migration", *Mobilities*, 6 (3): 301-316.
- González Pérez, C. O. (2003). *Travestidos al desnudo: homosexualidad, identidades y luchas territoriales en Colima*. México: CIESAS/Porrúa.
- Gorman-Murray, A. (2009). "Intimate Mobilities: Emotional Embodiment and Queer migration", *Social & Cultural Geography*, 10:4, 441-460.
- Heartland Alliance (2012). *Rainbow Welcome Initiative: An assessment and recommendations report on LGBT refugee resettlement in the United States*. Chicago: Department of Health and Human Services, Office of Refugee Resettlement. Recuperado de <<http://www.rainbowwelcome.org/about-us/spotlightarchives?spotlightID=1>>.
- Hernández-Rosete Martínez, D. (2008) "La otra migración. Historias de discriminación de personas que vivieron con VIH en México", *Salud Mental* 31:253-260.
- Hyndman, J. y De Alwis, M. (2004) "Bodies, Shrines, and Roads: Violence, (im)Mobility and Displacement in Sri Lanka", *Gender, Place & Culture*, 11(4): 535-557.
- Jansen, S. y Spijkerboer, T. (eds.) (2013). *Fleeing Homophobia: Sexual Orientation, Gender Identity, and Asylum*. Nueva York: Routledge.
- Jordan, S. (2009). "Un/Convention(al) Refugees: Contextualizing the Accounts of Refugees Facing Homophobic or Transphobic Persecution", *Refuge*, 26 (2): 165-182.
- Josephson, T. (2015). "Desiring the Nation: Transgender Trauma in Asylum Declarations". En Montegary, L. y White, M. A. (eds.), *Mobile Desires: The Politics and Erotics of Mobility Justice*. Nueva York: Palgrave Macmillan.
- Lewis, R.A. (2013). "Deportable Subjects: Lesbians and Political Asylum", *Feminist Formations*, 25(2): 174-194.
- Lewis, R. A. y Naples N.A. (2014) "Introduction: Queer migration, asylum, and displacement", *Sexualities*, 17(8): 911-918.
- Luibhéid, E. (2004). "Heteronormativity and Immigration Scholarship: A Call for Change", *GLQ*, 10(2):227-235.
- Manalansan, M.F. (2006). "Queer Intersections: Sexuality and Gender in Migration Studies", *International Migration Review*, 40(1): 224-249.
- Migraciones Forzadas* (2013). Número especial: Orientación sexual e identidad de género y la protección de los migrantes forzados, 42. Recuperado de <<http://www.fmreview.org/es/osig.html>>.
- Miles, N. (2010). *No going back: Lesbian and gay people and the asylum system*. Stonewall. Recuperado de <[http://www.stonewall.org.uk/sites/default/files/No\\_Going\\_Back\\_2010\\_.pdf](http://www.stonewall.org.uk/sites/default/files/No_Going_Back_2010_.pdf)>.
- Montegary, L. y White, M. A. (2015) "The Politics and Erotics of Mobility Justice: An Introduction". En Montegary, L. y White, M. A. (eds), *Mobile Desires: The Politics and Erotics of Mobility Justice*. Nueva York: Palgrave Macmillan.
- Morales, E. (2013). "Latino Lesbian, Gay, Bisexual, and Transgender Immigrants in the United States", *Journal of LGBT Issues in Counseling*, 7(2): 172-184.
- Polzer, T. y Hammond, L. (2008). "Invisible Displacement", *Journal of Refugee Studies*, 21(4): 417-431. DOI: 10.1093/jrs/fen045
- Rodgers, D. y O'Neill, B. (2012). "Infrastructural Violence: Introduction to the Special Issue", *Ethnography*, 13(4): 401-412.
- Sassen, S. (2014) *Expulsions: Brutality and Complexity in the Global Economy*. Cambridge, Massachusetts: Belknap.
- Sheller, M. (2011). "Mobility", *Sociopedia.isa 2011*. Recuperado de <[www.sagepub.net/isa/resources/pdf/mobility.pdf](http://www.sagepub.net/isa/resources/pdf/mobility.pdf)>.
- Shuman, A. y Bohmer, C. (2014). "Gender and Cultural Silences in the Political Asylum Process", *Sexualities*, 17(8): 939-957.
- Silva, S. (2015). "Mobility and Immobility in the Life of an Amputee". En Jackson, M. y Piette, A. (eds.), *What is Existential Anthropology?* (125-154). Oxford: Berghahn Books.
- Vega Suriaga, E. (2011). "Comentarios al dossier '¿Cómo se piensa lo queer en América Latina?'" *Íconos. Revista de Ciencias Sociales*, 40: 119-127.
- Winton, A. (2015). "Violence, Borders, and Boundaries: Reframing Young People's Mobility". En Laoire, C. N. et al. (eds.), *Movement, Mobilities and Journeys, Geographies of Children and Young People* 6. Singapur: Springer Science+Business Media.
- Winton, A. (2016). "Entre fronteras: un estudio exploratorio sobre diversidad sexual y movilidad en la Frontera Sur de México". Reporte de investigación. Tapachula: Ecosur/UMA/ACNUR.